



EL PAJARO-MOSCA¹

POR M. BEULLOCH

TRADUCIDO Y ANOTADO POR D. JESUS SANCHEZ, SOCIO DE NÚMERO.



NINGUN objeto de historia natural, desde el descubrimiento de Colon, ha excitado más la admiracion que este pequeño favorito de la naturaleza, desconocido ántes de esta época en el antiguo mundo.² Aunque abunde en las regiones calientes, está, sin embargo en todas partes de América y de sus is-

¹ El pájaro-mosca de los franceses, á quien en México dan el nombre de chupa-mirto (por mirto se comprenden varias especies del género *Salvia*); los españoles el del *colibrí pica-flor* ó *tominejo*; los ingleses el de *pájaro-zumbador* (Humming-bird); los holandeses el de *lonkerkfe*; y los indios mexicanos el de *huitzitzilin*, es la ave más pequeña que se conoce. Pertenece al órden de los Páseres, sub-órden *Deodactylos tenuirostros*, tribu de los *Trochilideos*.

² La primera noticia acerca de estas aves data del año 1558, y se encuentra en «Las singularidades de la Francia antártica.» (Brasil actual.)

las, y bajo todos los climas, porque se le encuentra durante los meses de estío, hasta en la bahía de Hudson y en todo el Canadá.¹ El capitán Cook ha traído bellos ejemplares de la bahía de Notoka, y yo añadido ahora varias especies nuevas de la mesa templada de México y de los bosques vecinos á las elevadas montañas de Orizava, Popocatepetl, etc.²

Se puede afirmar sin temor alguno, que la naturaleza, tan fecunda y tan variada en sus producciones zoológicas, no ofrece ninguna familia que pueda ser comparada por la elegancia de las formas, el brillo de los colores, el número y variedad de especies con ésta, la más pequeña de las razas emplumadas.³ En mi antigua coleccion, las especies ascendian á cerca de 100, y todos los días se descubren algunas más.⁴ En Jamaica me he procurado la más pequeña de las variedades conocidas, cuyo tamaño es inferior al de una abeja; y en México he recogido varias especies nuevas, cuyos colores brillan con un lustre que no es inferior al de ninguna de las especies que ya se conocen. Como la historia natural y las costumbres de las numerosas especies que componen esta singular y pequeña familia son muy poco conocidas, las he observado con toda la atencion de que soy capaz, á fin de llenar algunos de los vacíos que quedan en las descripciones que se han dado. La primera vez que ví una de estas pequeñas criaturas, fué en el patio de la casa de Mr. Miller, en Kingston (Jamaica). Se habia instalado sobre una gruesa rama de un tamarindo que estaba plantado muy cerca de la casa, y cubria con su

1 El Brasil y la Guayana parecen ser los lugares en que más abundan estas aves.

2 Los colibrís prefieren el calor, no buscan la sombra, y temen excesivamente el frio. Aunque muchos viajeros hayan asegurado lo contrario, nunca se ha observado que se les encuentre en la espesura de las grandes selvas; habitan con preferencia los prados floridos, los arbustos de las sabanas, los jardines y los matorrales; se diría que les gusta brillar en el sol y confundirse con la turba resplandeciente de insectos á los cuales la naturaleza les asemeja y de quienes está esmaltado el campo de los trópicos. La mayor parte de sus especies viven en pleno sol; pero hay otros que son más ó ménos crepusculares y que no se les ve sino por la mañana muy temprano ó á la caída de la tarde. En México, en donde estos pájaros son muy abundantes, la pirámide florida del maguey (*Agave americana*) y sus aromáticas guirnaldas los atraen mucho. Se les ve siempre en gran número alrededor de este ramillete natural como otros tantos abejorros. Vuelan tocando los prados floridos, trepando sobre las flores, unidos á los melíferos y á las mariposas, y en la época de la floracion del maíz los campos están poblados de colibrís á ciertas horas del día. Constantemente se percibe el murmullo de su vuelo, y el aire repite los agradables silbidos de sus agudos gritos, que se asemejan en cuanto al timbre, al sonido que produce el roce ó chasquido de dos floretes. Antes de la llegada del frio, emigran y van á buscar climas en los que el invierno no es sino una primavera: sin embargo, se elevan sobre las altas montañas. El viajero Bourcier los ha encontrado en el fondo del cráter del Pichincha, y yo he matado el *calathorax lucifer* en la sierra de Cuernavaca, á una altura de más de 9,500 piés.—(*Saussure.*)

3 El P. Alzate cogió una de estas avecillas en su nido, y habiéndola colocado en una balanza muy sensible con sus huevos, nido y la ramita en que éste se hallaba construido, pesó el total 2 ochavas, 1 tomin, 6 granos.—(*Alzate*, Gacetas literarias, tomo II, página 27.)

4 Las especies conocidas hoy son cerca de 350.—(*Chenú.*)

sombra una parte del patio. Allí, sin inquietarse por el gran número de personas que continuamente pasaban á poca distancia de él, permanecía tranquilo casi todo el día.

En el árbol habia muy pocas flores y no era la estacion de la empolladura; sin embargo, el pájaro conservaba obstinadamente la posesion de este dominio; y luego que otra ave, aun diez veces más grande que él, se aproximaba, la atacaba con furor, y despues de haberla desalojado, volvía al lugar que tenía costumbre ocupar y que se hallaba desprovisto de hojas en el espacio de casi tres pulgadas. Allí era donde el pájaro-mosca posaba constantemente.¹

Con frecuencia podia yo estar muy cerca de él, y observaba con delicia sus pequeñas operaciones de aseo, arreglando y aceitando sus plumas, y prestaba gustoso el oído á sus notas débiles, simples y frecuentemente repetidas. Ha-

¹ A pesar de la pequeñez de su talla, los colibrís tienen un carácter muy áspero. Su debilidad no los hace ni tímidos ni afables. Atacan con furor á todo lo que se les opone, y dan combates encarnizados á los seres de la creacion con quien están enemistados. Entre estos últimos, los *esfinges* son á los que detestan más. Cuando una de estas inofensivas mariposas, dos veces mayor que el colibrí, se atreve á entrar á los jardines y se encuentra con uno de ellos, es preciso que le ceda el paso ó su derrota es segura. Al verla el pajarillo da sobre ella y le ataca con el pico, como el *Nariral* ataca á la ballena á lanzazos, si nos es permitido comparar los dos extremos de la creacion. El esfinge, molestado por esta agresion repentina, se retira hácia un lado, se aleja un instante y luego vuelve á sus apetecidas flores; pero su furioso enemigo vuelve á la carga y le separa de nuevo. Esto se repite varias veces, hasta que al fin cansado de la resistencia del esfinge, el colibrí le sigue de arbusto en arbusto y le obliga á huir en precipitada fuga. Sin embargo, el insecto no siempre es vencido en esta lucha tan desigual. Permanece con obstinacion en las praderas que le disputa el adversario, y despues de haber sido derrotado muchas veces, acaba por hacerse dueño de los sitios, cuando adelantando el crepúsculo obliga al ave á buscar su nido. Pero desgraciado de él si lento en su retirada no sabe huir del pájaro-mosca; éste, de cada golpe le arranca parte de su plumoso abdómen, y sus delicadas alas atravesadas de parte á parte por el pico del colibrí, laceradas entre sus mandíbulas, no bastando ya para sostenerle, cae en el suelo, en el que mil voraces enemigos le despedazan.

¿Cuál es la causa de una enemistad semejante entre dos seres de la naturaleza que parecen nacidos para nunca encontrarse, de los cuales el uno no aparece sino cuando el otro se re retira, y que no come más que despues de haber comido el adversario? ¿Por qué el pájaro-mosca ataca á la mariposa? Sin duda por celos. Este insecto, que extrae el jugo de las flores, que se cierne sobre los arbustos, ¿se burla del pájaro cuyo modo de vivir es el mismo, ó bien el esfinge es un consumidor molesto al que hace la guerra como se la hacemos á las ratas de los campos?

Pero no es sobre tan ruines enemigos sobre quienes exclusivamente descargan su enojo estos pajaritos; tienen otros más poderosos y á quienes les da más trabajo vencer. En efecto; sucede algunas veces que se haten con los gavilanes. Un buen observador afirma que, en estos combates la ventaja apénas disputada, acaba por dar el triunfo á los pájaro-moscas. En una lucha de esta especie, los colibrís tienen para escapar de las aves de presa, las cualidades del número, de su pequeñez, y sobre todo, de la violencia de sus movimientos y la irregularidad de su vuelo: se reunen algunos, se precipitan sobre su terrible enemigo y le hi eren á los ojos. El halcon comprende tan bien su impotencia al frente de estos pequeños impertinentes, que huye inmediatamente y busca en el desprecio de estos pigmeos y en la nobleza de su vuelo majestuoso, la salvaguardia de su dignidad en un lance comprometido.—(Saussure.—Traducido por L. Rio de la Loza.)

bria podido cogerlo fácilmente; pero no quise cautivar á un huésped tan interesante y que me habia proporcionado tanto placer. En mis excursiones á los alrededores de Kingston, me procuré varios de la misma especie, otros de los de largas colas negras, y algunos, especialmente el que he mencionado, como el más pequeño que se ha descrito, y cuya voz es más bella.

Pasé algunas horas agradables en el lugar que ántes ocupaba el jardin botánico de Jamaica; y bajo diversos árboles que crecen á una altura prodigiosa, ví muchos pájaros curiosos, entre los cuales el pájaro-mosca se posaba sobre las ramas más altas de una palma. Hacia oír desde allí su canto suave, doliente, en medio del conjunto más extraordinario de bellas plantas exóticas é indígenas, y de árboles nativos de la isla y extranjeros, plantados sobre un suelo, ántes orgullo de la Jamaica, y que no es ahora más que una soledad monótona. Como he dicho, los individuos de esta encantadora familia están dispersados en todo el continente americano y sus islas; cada comarca y cada isla producen sus especies particulares. Cerca de Kingston, solo encontré cuatro, conocidas todas de los naturalistas. Pero en México son sumamente numerosas, y la mayor parte nuevas ó no descritas. A mi llegada era difícil encontrar uno solo en los alrededores de la Capital; pero en los meses de Mayo y Junio, los habia en abundancia en el jardin botánico en el centro de la ciudad, y por una pequeña recompensa, los indios me trajeron algunos vivos. Tenia cerca de setenta en jaula, que conservé algunas semanas á fuerza de atenciones y cuidados; y si otros negocios no me hubieran ocupado, no dudo que me habria sido posible traerlos vivos á Europa. Lo que se dice de su ferocidad y desesperacion cuando son cogidos, y que se golpean la cabeza contra las verjas de la jaula hasta morir, no es cierto. Ningun pájaro se resigna más pronto á su nueva situacion. Es verdad que rara vez pliegan sus alas, pero no se les ve nunca exasperados. Quedan como suspendidos en el aire en un espacio que basta solamente para mover las alas; y la especie de zumbido que hacen oír, proviene solo de la velocidad sorprendente con que ejecutan el incesante movimiento por el cual se sostienen durante varias horas seguidas. En cada jaula habia yo puesto una pequeña copa de barro llena de agua azucarada de consistencia de jarabe, en la cual mojaba diversas flores, principalmente la corola amarilla en forma de campana, del grande áloe, cuyo pedúnculo próximo al tallo, siendo cortado, permite al líquido penetrar en la flor; el pequeño prisionero sumergia á cada momento su lengua larga y horquillada retirándola cargada de jugos. Esta accion, así como todas las de los pájaro-moscas, se hacia en general volando; pero algunas veces descendia sobre la flor, y parado sobre los pétalos, bebia el líquido melífero.

Es probable que estos animales vivan de insectos; al ménos me he asegu-

rado de que un gran número se nutre de esta manera, observándolos atentamente en el jardín botánico de México cuando perseguían á sus pequeñas presas, y en el jardín de la casa donde permanecí en Temascaltepec: allí ví á un pájaro-mosca tomar posesion de un ganado durante un dia entero, y atrapar á todas las pequeñas mariposas que venian á las flores.

Los naturalistas se han engañado al afirmar que estos pájaros viven exclusivamente de la sustancia sacarina contenida en las flores, porque yo los he visto muy frecuentemente coger moscas y otros insectos al vuelo, y diseccándolos los he encontrado en su estómago. ¹

Es cierto que dándoles una cantidad suficiente de esta nutricion y jarabe, miel, etc., se podria conservarlos en grandes jaulas: con las que yo hice mi experiencia eran muy pequeñas. ²

Aunque del mismo modo que el garganta-roja y otros pájaros de Europa, ellos sean al estado natural sumamente tenaces para impedir que otros individuos aun de su misma especie se introduzcan en sus dominios, cuando estaban cautivos y eran encerrados con ellos pájaros de diversas especies, nunca observé que estuvieran dispuestos á querellar; pero he visto á los más pequeños tomarse libertades sorprendentes con los que tenian cuatro ó cinco veces su volúmen. Por ejemplo, cuando la percha estaba ocupada por el pájaro-mosca de garganta-azul, el mexicano-estrellado, verdadero pigmeo en comparacion del primero, se establecia sobre el largo pico de éste, y permanecia allí durante algunos minutos, sin que su compañero pareciera ofendido por esta familiaridad.

La casa en que residí durante algunas semanas en Jalapa, de regreso á Veracruz, no tenia más de un piso; y como la mayor parte de las habitaciones españolas, tenia un pequeño jardín, y el techo avanzando seis ó siete piés más allá de la pared, cubria un camino que costaba todo el largo de la casa, dejando un corto espacio entre el tejado y los árboles que crecian en el jardín. Las arañas habian hilado innumerables telas (que se extendian del borde de las tejas á los árboles) y tan compactas, que tenian la apariencia de un nido. Muchas veces observé con placer las peregrinaciones del pájaro-mosca á través de estos laberintos, y las precauciones que tomaba para meterse entre las telas é intentar coger las moscas que estaban aprisionadas en

¹ El naturalista Azara ha observado que en el Paraguay y en las orillas del Rio de la Plata, viven muchos de estos pajaritos durante el invierno, y cuando no hay flores en el campo que pudieran ofrecerles sus dulces jugos.

² La multitud de experiencias hechas con este objeto, prueban suficientemente que los chupamirtos no viven enjaulados más de algunos meses. El hombre no conoce sus necesidades para poderlas suplir de una manera artificial.

ellas. Sin embargo, como las grandes arañas no ceden su botín sin combate, el invasor se veía frecuentemente obligado á retirarse. La proximidad en que me hallaba del teatro de estas evoluciones, me permitía examinarlas con la mayor exactitud. El ágil pajarillo daba una ó dos vueltas volando por el patio, como para reconocer el terreno; despues comenzaba su ataque deslizándose suavemente bajo las redes del astuto insecto, y cogía por sorpresa las pequeñas moscas presas ó las que se habían debilitado forcejeando. Mas al pasar por las trampas angulares de la araña, le era necesaria mucha prudencia y destreza. Con frecuencia tenía apénas el espacio necesario para el movimiento de sus alas, y la menor desviación habría podido envolverlo en las mallas de la complicada red y causar su pérdida.

No osaba invadir así mas que á las pequeñas arañas, porque las grandes se ponían en actitud de defender su ciudadela, cuando el asaltante se arrojaba sobre ella como un rayo de sol; su ruta entónces no podía ser distinguida sino por la reflexión luminosa de sus brillantes colores. El pájaro empleaba generalmente diez minutos en su excursión; en seguida iba á reposar sobre la rama de un árbol, presentando al sol su pecho rojo estrellado, que brillaba con todo el fuego de los rubíes y excedía en esplendor á las diademas de los monarcas de Europa, para los cuales los restos de estos pequeños diamantes-plumas, tales como se ven en los museos, son objeto de admiración. Sin embargo, los que han podido contemplarlos vivos, desplegando al sol sus pequeños copetes movedizos y el plumaje del cuello y de su cola, á la manera de los pavos, no podrían mirarlos con placer bajo su forma inanimada. Yo he preparado casi doscientos ejemplares con todo el esmero posible: á pesar de esto, no son más que sombras de lo que fueron en vida. La razón es evidente. Los lados de las láminas ó fibras de cada pluma, siendo de color diferente al de la superficie, cambian cuando son vistos en una dirección oblícua ó de frente; y como cada lámina gira sobre el eje del tubo de la pluma, el menor movimiento del pájaro vivo produce variaciones en los colores y presenta súbitamente los tintes más opuestos. Así, el pájaro-mosca de Noto-ka cambia el color de su garganta cuando abre sus plumas, del anaranjado más vivo al verde suave: el pájaro-mosca de garganta de topacio, hace lo mismo, y el mexicano estrellado pasa del carmesí brillante al azul.¹

¹ Pero lo que más ha admirado siempre en los pájaro-moscas, además de su pequeña talla, es el esplendor y la rica elegancia de su plumaje, cuya magnificencia nada puede igualar. Muchas aves, en efecto, son notables por los colores que las embellecen y por la acertada combinación de las tintas; pero casi siempre estos colores, por vivos que sean, son mates, mientras que las plumas de los pájaro-moscas tienen el brillo extraordinario de los metales y de las más preciosas piedras. Su cuerpo es por lo comun de un verde dorado con mezcla de reflejos diversos, de cobre ó de hierro, y este rico plumaje, que cambia bajo los rayos del sol, cubre algunas otras

Los dos sexos en varias especies, tienen un plumaje muy diferente, y á tal grado, que es difícil reconocerlos. El macho y la hembra del mexicano estrellado no habrían podido ser conocidos si no se les hubiera visto constantemente juntos, y si la disección no hubiera probado que son de la misma especie. Empollan en México en los meses de Junio y Julio, y su nido es un bello ejemplo del talento arquitectural de estos pájaros.¹ Está construido con algodón

especies, tales como los Jacamares, los Curucas, etc. No sucede lo mismo con los adornos que se notan sobre la cabeza ó en el cuello de los pájaro-moscas y colibris, pues que parecen caracterizar á un pequeño número de familias: ninguna descripción puede dar una idea exacta del lujo y de la riqueza de las tintas que afectan el brillo de las piedras más raras.

Ciertamente cualquiera que sea la pompa con que se intente descubrir los cambiantes de la luz sobre estas partes, nunca se llegará á la verdad. No se ha dicho por hipérbole que ciertas especies brillan como el fuego del rubí, que otras tienen sus vestidos bordados de púrpura y de oro, y adornados de zafiros; que la esmeralda, la amatista y el topacio las cubren de esplendor, haciéndolas parecer más bien joyas salidas de mano del lapidario, que seres vivientes. ¡Con cuánta justicia Margrave ha pintado uno de estos pájaro-moscas diciendo: *In summa spendet ut sol!* ¡Brilla como el mismo sol!

Audebert se ha ocupado mucho en inquirir las causas de tan notable coloración de plumaje; ha procurado demostrar por principios matemáticos, que era debida á la organización de las plumas y á la manera con que los rayos luminosos eran diferentemente reflejados al herirlas. Nosotros no nos extenderemos mucho sobre esta materia; diremos, no obstante, que esta coloración es en primer lugar, el resultado de los elementos contenidos en la sangre y elaborados por la circulación; y que en segundo, la textura de las plumas desempeña un papel de gran importancia, por la manera con que la atraviesan los rayos luminosos, que son reflejados por las innumerables facetas que se advierten sobre una prodigiosa cantidad de barbillas. Todas las plumas escamosas que se asemejan al terciopelo, á la esmeralda ó al rubí, y que se notan sobre la cabeza y el cuello de los *Epímacos*, de las *Aves del Paraíso* y de los *Pájaro-moscas*, se parecen por la uniformidad que ha presidido á su formación: todas están compuestas de barbillas cilíndricas, duras, rodeadas de otras barbillas análogas, regulares, que á su vez constan de otras más pequeñas; y todas estas barbillas tienen en su centro un surco profundo, de tal modo, que cuando la luz, como ántes que nadie lo ha dicho Audebert, se desliza en sentido vertical sobre estas plumas escamosas, resulta que todos los rayos luminosos al atravesarlas, son absorbidos y producen la sensación de lo negro. No sucede lo mismo cuando la luz es reflejada por estas mismas plumas, cada una de las cuales hace el oficio de un refractor; porque entonces, por la disposición molecular de las barbillas, se produce el aspecto de la esmeralda, del rubí, etc., cambiando en muy diversos colores por las incidencias de los rayos que los hieren.—(*Dr. Chenú*, Encyclopedie d'histoire naturelle).

1 En la huerta donde he observado á estas aves, había varios injertos de rosa amarrados con cordones de algodón. Los colibris escogieron este material. Hembra y macho trabajaban todo el día: mientras el uno arrancaba y escarmenaba con el pico los filamentos del cordón y los conducía rápidamente al árbol, el otro, quizás sería la hembra, los arreglaba y disponía simétrica y ordenadamente, también con el pico, y con el pecho las oprimía y les daba la forma cóncava. A ratos desaparecían, volaban de flor en flor, chupaban su néctar, y volvían de nuevo al trabajo. Como no era posible que día y noche estuviese yo en observación, no puedo decir con fijeza los días que dilataron en construir este admirable lecho del amor, superior á los costosos tálamos que puede fabricar el hombre; pero creo que no excedió de diez días, porque el día ménos pensado,

ó vello de cardos y tiene fijado al exterior, por medio de alguna sustancia glutinosa, un líquen blanco y plano muy semejante al nuestro.¹

La hembra pone dos huevos perfectamente blancos y muy grandes en proporcion con las dimensiones de su cuerpo. Los indios me han dicho que estos huevos eran cubiertos tres semanas por el macho y por la hembra alternativamente.

Miéntras que crian á sus hijos atacan indistintamente á todos los pájaros que se acercan á su nido. Cuando están bajo la influencia de la cólera ó del temor, sus movimientos son muy violentos, y el ojo no puede seguir su vuelo tan rápido como una flecha.

Algunas veces se oye el sonido penetrante de su aleteo sin percibir al pájaro, y esta velocidad los conduce á su pérdida anunciando su aproximacion. Atacan los ojos de los otros pájaros, y su pico, puntiagudo como una aguja, es una arma verdaderamente peligrosa. Los celos los convierten en verdaderas pequeñas furias: su garganta se infla, su copete, su cola, sus alas se extienden; combaten en el aire con encarnizamiento, produciendo una especie de sonido agudo, hasta que uno de los rivales cae extenuado en tierra. Yo he sido testigo de una lucha de esta naturaleza cerca de Otumba, miéntras que caía una lluvia de la que cada gota me parecia capaz de derribar á aquellos pequeños combatientes.

y cuando yo creia que aun continuaban en su tarea, la hembra estaba ya llena de alegría y de regocijo cubriendo sus huevecillos.

El nido, una vez concluido, presenta un conjunto admirable. Delicadeza, solidez, seguridad, perfeccion, nada le falta. El hecho que acabo de citar demuestra en el colibrí algo más que instinto, quizá inteligencia, de que tal vez carecen muchos de los hombres que viven léjos de los focos de la civilizacion. ¿Quién enseñó al colibrí que entre todos los materiales que habia en la huerta ó campo donde vivia, el más fino y el más adecuado era el de los cordones de algodón con que estaban casualmente atados los ingertos? ¿Qué especie de tacto, ya en el pico, ya en otra parte cualquiera, empleó para distinguir las fibras del cordón de otras igualmente suaves y finas que se encuentran en las plantas? El hecho se repitió, porque los cuatro ó cinco nidos que observé, estaban formados del mismo material, los cordones todos escarmenados, y algunos habian desaparecido totalmente. Los filamentos estaban en lo interior arreglados con tal arte, que no presentaban ni una sola desigualdad: los bordes del nido, redondeados y suficientemente altos para que los huevecillos no rodasen á tierra: en la parte exterior, el nido estaba revestido de hojillas de plantas parásitas, pegadas al algodón con la miel de las flores, de la que no cabe duda se sirven estos pájaros para formar con solidez lo que un arquitecto llamaria el cimientó de la casa. Uno de los nidos estaba construido en el ángulo que formaban dos ramas de un rosál; otro en uno de los primeros brazos de un manzano. Los vientos impetuosos balanceaban el nido sin descomponerle; y la madre, sacando las alas por fuera de los bordes y colocada de manera que sus piés no tocaran los huevecillos, parecia no percibir el movimiento, como nosotros no nos cuidamos de las vueltas rápidas y diarias de la tierra.—(M. Payno. El Colibrí, números 8, 9 y 10 del periódico *El Año Nuevo*.)

¹ Según A. Ricord, uno de los materiales que se encuentra más frecuentemente al exterior

Para dormir, frecuentemente se cuelgan por los piés, con la cabeza hácia abajo, á la manera de ciertos pericos.

Estos pájaros eran los favoritos de los antiguos mexicanos.¹ Sus plumas servian de adorno para las magníficas capas del tiempo de Moctezuma, y para las pinturas en bordado tan alabadas por Cortés. Su nombre significa en el lenguaje primitivo del país *rayos ó cabellos de sol*:² las señoras indias hacen todavía de estas aves una especie de adorno para las orejas.³

de los nidos de muchos chupa-mirtos es la tela de arañas. Les sirve para retener juntos los diversos materiales de su nido: para procurársela se les ve volar por los lugares en que abundan las arañas, y no para atacarlas ó comerlas, como han creído muchos.

1 El ilustre Alejandro de Humboldt (Monumentos de los pueblos de América), hablando de la religion de los mexicanos, dice: que la esposa del dios de la guerra, llamada *Toyamique*, conducia las almas de los guerreros muertos en defensa de los dioses á la casa del sol, y que allí los trasformaba en colibris. Saussure añade (Loc. cit.), que esta creencia no era al ménos una salvaguardia para los colibris, pues los mismos mexicanos, que veían en ellos la imágen divina de sus semejantes, los inmolaban en sus banquetes.

2 La palabra *huitzitzilin*, con la que designaban los aztecas á este pájaro, significa segun el P. Alzate, *Chupa-espinas*: de *huitz*, espinas, y *tzilin*, derivado de chupar. A este autor no le parece forzada esta etimología, en atencion, dice, á que todas las flores tienen estambres, que por lo regular son de figura de agujas, con las anteras en sus extremidades las más agudas: los estambres pueblan lo interior de la flor adonde el huitzitzilin introduce su delgada lengua para chupar la miel.

El Sr. D. Marcelo Gómez, miembro honorario de nuestra Sociedad, y bastante conocedor del idioma mexicano, no está conforme con la anterior etimología de Alzate: en su opinion, la palabra huitzitzilin viene de *huitz*, del verbo venir, y *tzilin*, sonido de timbre; por consiguiente, los mexicanos daban al chupa-mirto un nombre muy parecido al que los ingleses le dan, *humming-bird*, ó pájaro-zumbador.

En el Perú dan al mismo pájaro el nombre de *Ouixisia*, cuya significacion es, segun Hernandez, «rayo del sol.»

3 El arte de formar mosaicos con las plumas de chupa-mirto, puede decirse que está casi perdido. En el Museo Nacional de esta capital existen algunos; pero son de un tiempo posterior á la conquista y de escaso mérito.

